

Otoño de 1366

Al norte del reino de Castilla

LA MADERA DEL LÍBANO

Las nubes sabían a peste. Se deslizaban sin prisa, y unas se ocultaban tras otras. El cielo bajó hasta que la noche fue sin ponerse el sol. El soplo del viento cesó y el cementerio comenzó a empaparse. La lluvia caía tan estirada que se partía. De las lápidas y cruces pendían las gotas. Se preñaban a sí mismas, luego estallaban y después reventaban contra las piedras, contra la hierba y contra las hojas muertas para, al final, ser tragadas por la tierra. Con cada una de las gotas se elevaba un susurro, y el coro que formaban todas ellas cantó la melancolía. Los recuerdos flotaban hacia los que se habían ido, y la nostalgia apuñalaba en las entrañas. Era un día de otoño y era un día de peste.

En el cementerio, cada una de las lápidas aparecía inclinada de un modo diferente, como si el viento hubiera soplado con gran fuerza y capricho en todas las direccio-

nes. En las noches despejadas, cada una de ellas señalaba a su propia estrella, a aquella con la que compartía el alma.

Sin embargo, había una lápida que no era como el resto. No por ser grande, ni por corresponderle una estrella más brillante que a las otras. No era ostentosa, de las hechas con una gran roca. Sino que era de madera como las humildes y, además, estaba tallada con rudeza. La singularidad era su olor: un aroma fino y embriagador manaba de sus poros como chorros de miel.

Junto a la lápida, un joven permanecía de rodillas y perdía la mirada más allá de la madera mientras la lluvia calaba sus ropas sencillas. Contemplando absorto un paisaje que se perdía en otro lugar, de azules intensos y olas espumosas, reparó en el singular aroma. Lo tomó hambriento de él. Lo aspiró con tanta fuerza que entró en sus venas. Era maravilloso, era delicioso. No era de su mundo.

Lope, que así tenía por nombre el joven, había oído hablar de santos en vida que habían demostrado seguir siéndolo en la muerte. Sus carnes se mantenían incorruptas y de sus cuerpos brotaba un perfume, un olor a santidad como el que flotaba sobre la tumba. El embelesamiento de Lope abandonó las olas, salió del mar y se fijó en la tumba que había frente a él. Entonces descendió y se hundió en la tierra hasta ver un rostro que, pese a llevar un buen tiempo sin vida, todavía conservaba una rosa en los labios y el rocío en la mirada. Y como si a tal visión le acompañara un peso, el joven fue inclinando su cabeza hasta hundir sus narices en el barro y mezclar sus lágrimas en el agua fangosa.

—¡Por Dios vivo verdadero, mereces un mausoleo querida mía!

Extendió los brazos, hizo garras de sus manos y con un grito las clavó en la tumba. Arrojó los puñados de lodo y volvió a hundirse en él. Escarbaba con mucha rapidez, pero sin eficacia. No creaba profundidad. Cerraba los puños con tanta fuerza que el barro que levantaba se le escurría de entre los dedos y volvía a su sitio. Aún así, la tierra bendita estaba siendo profanada y los muertos debían de revolverse en sus tumbas. Desde los árboles, los estorninos piaban con desvarío. Entre las ramas, el viento volvió a silbar en un prolongado lamento. Un trueno quebró la lejanía y, acompañándole, una voz que era otro trueno atravesó la lluvia:

—¡Quieto, o por mis barbas que nunca más saldrás de acá!

Lope se arrugó con el estruendo. Aquello fue un tañido gigantesco en el que él era el badajo de la campana. Dejó sus manos hundidas en la tierra viscosa y fría. El barro le había salpicado hasta casi enmascararlo. Sólo los ojos le aparecían dibujados. Con ellos entrecerrados y el resto de sus sentidos ateridos, se volvió hacia la fuente del campaneó. Aunque le temblaba la cabeza, logró fijar la vista en el hombre que había gritado.

Era un caballero que, muy de largo, le doblaba en edad y que vestía al uso de los de su clase, si bien de forma particular. De dentro hacia fuera, sobre el torso tenía una loriga que chirriaba con cada respiración. El óxido había fundido las escamas de metal y no tenía el aspecto de resistir ni medio mandoble. Sobre la loriga, vestía una sobreveste roída que podía haber sido blanca en el pasado, pero que entonces era el manto de un mal mendigo. El cinto que la ceñía era de un cuero tan carcomido que apenas podía sostener una exótica almarada; hierro árabe en lugar de una daga cristiana. Cubriéndolo todo, una capa de vivo color escarlata caía desde sus hombros, haciendo

gran contraste con la sobreveste. El caballero sostenía un yelmo sin rodete bajo la sobaquera. Se le veía así que la barba era como de plata vieja. Caía muy desaliñada, hecha andrajos y con los pelos apelmazados, lo que permitía apreciar la poca carne de los labios y lo partido del mentón. Su cráneo era perfectamente redondo, y a más de su mitad le faltaba el pelo. Por la frente cruzaban infinidad de arrugas y, como si fuera una más de ellas, una vena se hinchaba palpitante. Sus ojos eran del color del musgo, pero entonces lucían más como el de la hierba mojada. No podían estar más abiertos, casi no le cabían. Se desbordaban por una furia inmensa y parecía que fuesen a saltar de un momento a otro.

De entre los pliegues de la capa escarlata, surgiendo por la parte anterior del hombro, le asomaba la empuñadura esférica y desgastada de una espada muy pesada y mil veces afilada. A la empuñadura la estrujaba el guante de hierro. El caballero lentamente tiraba de ella y la espada se iba desnudando de la vaina rechinando un lamento que se fundía con el del viento.

Lope se sobrecogió con aquel chirrido, con la amenaza del hidalgo, y al verse apunto de ser partido por el acero, sorbió sus mocos y gorgoteó:

—Señor, bajo este suelo hay una santa, ¿No sentís su divina presencia? ¿Acaso no oléis lo que huelen mis napias?

El guante del caballero se crispó apretando más el puño de la espada. El acero crujía soportando la presión.

—¡Deja de trabucarte! ¡Afloja más esa lengua y hazlo más cuerdamente!

—Que quien aquí reposa no lo hace en el lugar adecuado —respondió Lope—. Y que, por ende, merece mejor descanso. La bella Lunete vivió en santidad y ha de ser voluntad de Dios que quien así haya vivido así sea recor-

dado... ¡Es un milagro! ¡Muera ahora mismo si no es cierto lo que digo! ¡O que el diablo se me lleve si así no es! ¡Sentid el olor que yo siento, pues al no ser de este mundo tal cosa os demostraré mi verdad!

El guante aflojó el pomo y la espada volvió a lamentarse, esta vez por entrar en la vaina. El hidalgo avanzó con el son que tocaba sus espuelas ensangrentadas y su loriga herrumbrosa. Llegó adonde el joven e hincó una rodilla a su par. Hubo un chapoteo y el barro salpicó a los dos. Cerró los ojos y también dejó que el aire del lugar corriera por su sangre. La vena de su frente palpita-ba con más reposo.

—¡Por mi vida! ¿Cómo puede tu meollo pensar en cosa tal? ¡Deja los milagros para los dominicos y las tumbas para los muertos!

—¿Pero es que acaso no lo percibís? —insistió el joven—. ¿Acaso no veis que aquí hay algo de naturaleza muy poco terrenal y sí muy celestial?

El caballero volvió a respirar el aroma que ya conocía.

—Lo único singular que yo percibo es el olor de la madera del Líbano; algo que bien que gustosa, es cosa tan mundana como el tomillo.

—¿De cuál madera me habláis? —Lope sorbía con fuerza y limpiaba su frente de lluvia.

—De la madera de la lápida te hablo, iruega por que no se cumpla tu juramento de muerte! ¡Ni que se te lleve el diablo!

Lope cesó en su gimoteo y gateó hasta la lápida. La aferró entre sus brazos y restregó su cara contra la inscripción. Aspiró profusamente. El olor a santidad era allí más intenso. Era su fuente. Se mantuvo aferrado un rato en el que la lluvia se estiró aún más. En el cementerio sólo quedó el rumor y el coro de las gotas.

—¿De dónde decíais que era la madera? —preguntó cabizbajo y con voz ronca.

—Del Líbano.

—¿Y cómo es que lo sabéis?

—Porque mis manos la tallaron y la clavaron donde ahora la ves.

Lope no apartó la lluvia de su frente y dejó que resbalara por ella, que corriera por sus mejillas y que cayera por su barbilla. Así limpiaba sus lágrimas.

—¿Vos conocíais a doña Lunete?

El caballero torció el gesto con una mueca de profundo dolor y luego miró al cielo, que cada vez era más negro y se hundía más.

—Sí.

Con la afirmación, queda y dolida, Lope descubrió un aire conocido en aquel rostro curtido por el sol y por las batallas. Vio un tenue reflejo de ternura tras la dureza. Tras las arrugas, tras las venas, tras la barba y tras el musgo furibundo, vio la mirada de Lunete.

—¡Guay de mí! ¿No seréis vos, por una ventura, don Alvar, don Alvar Ruiz de Gaminiz?

El caballero bajó la calva y respondió entrecerrando los párpados:

—Ciertamente lo soy, mas mejor será para entrambos que no vuelvas a pronunciar mi nombre. Pues, de lo contrario, tal vez sí será muy cierto que el diablo se te lleve —para reforzar sus palabras, posó su guante oxidado en el hombro del joven y apretó con fuerza.

Luego, comenzó a dar vueltas a su alrededor, observándole y tratando de ver más allá de su superficie. Tras examinarlo con gran detenimiento, despegó la vista de él y la clavó en la larga y tenebrosa nube en que el cielo se había convertido.

—Vámonos, o con tales fríos y lluvias pronto no habrá engrase que valga para nuestros huesos.

Lope había respondido con algún furtivo reojo al examen del caballero. Y ahora que lo tenía de perfil y que no sentía su fuerza de forma directa, le contempló a su vez. La lluvia goteaba desde el extremo de su barba y el vaho escapaba de su boca a cortos borbotones. La frente ancha y su nariz recta eran las de la nobleza. Y, por reconocerlo de esta forma, le siguió sin ninguna vacilación, como el lobo que sigue al jefe de la manada. Así, se vio pisando huellas que dejaba el hidalgo sobre el barro santo.

El cementerio tenía por entrada y salida un portón ruinoso. En el atrio, una campana pendía de su punto más elevado. Pasaron bajo ella y descendieron por el sendero hasta un claro en el que se levantaba una solitaria encina. Bajo sus ramas encontraron a Gimoso, el caballo de Alvar. Los excrementos de los estorninos le había cubierto y hubo que sacudir la gualdrapa para que cayeran las porquerías.

—Hiervan de animales las aguas y vuelen sobre la tierra aves bajo el firmamento de los cielos para, al final, cagar como todos —farfulló Alvar.

El caballo era hermoso a pesar de faltarle una oreja, ya que en el resto de las proporciones era perfecto. El animal era de medidas enormes y de una musculatura muy poderosa. Al ver al hidalgo, relinchó quedamente y sacudió su ancha testa. En nada se perturbó al ser montado y, con diligencia, adoptó un trote muy amansado para que Lope pudiera seguirles.

El cementerio se extendía junto a las ruinas de una antigua ermita, y no quedaba a la vera del pueblo, sino a tres cuartos de legua. El camino que llevaba de un sitio al otro, discurría por un bosque espeso y casi siempre oscuro, de pardas sombras y negros recodos. Por el camino

avanzaban el joven y el caballero hasta que, en su mitad, torcieron y tomaron otra ruta más angosta y menos marcada por los caminantes y las bestias. Se adentraron en lo profundo de la espesura. Luego tomaron otro sendero, y luego otro hasta el punto de que lo que pisaban casi no se diferenciaba de la vera. Finalmente, se detuvieron en un claro pequeño, amenazado con ser tragado por los árboles que lo rodeaban. Se levantaba allí un chamizo que apenas se veía por tener el mismo color que el bosque.

Alvar descabalgó con un suspiro de alivio. Se despojó de armas y armaduras, descargó de alforjas a Gimoso, lo desensilló y lo descubrió de la gualdrapa. Con todo ello se agachó y entró en el chamizo. Éste era de muy pequeñas dimensiones, con grandes resquicios entre los troncos y un techo cubierto muy pobremente con paja. El frío era el mismo dentro que fuera.

—¡Enciende lumbre, mozo!

Lope, de inmediato, buscó las piedras y la yesca para hacer el fuego. Tras dar con ellas, y después de unos soplidos y meneos, las llamas agarraron los leños. El calor invitó al descanso, al ritmo pausado. Las espaldas se recostaron sobre las paredes húmedas y ennegrecidas y resbalaron por ellas. Una vez sentados, Alvar, de nuevo, se quedó mirando muy fijamente a Lope. El humo bailaba entre ellos.

EL REGRESO

Alvar se meció con el humo, entreabrió los labios y se los lamió como si junto a ellos rompiera el agua salada del mar. Se fundió la cortina de una galería con el humo de los tarugos y fueron empujados al pasado por el viento, húmedo y helado, que aullaba entre las grietas del chamizo y que el fuego no lograba espantar. Los recuerdos desfilaban de forma rápida y a trompicones, como una quilla en mar gruesa.

El caballero rememoró sus primeros años, cuando su rostro era lampiño y su espada de madera. Con ella se presentó a Zoilo, su tío y tutor, y con ella arreó los primeros mandobles al espantajo. Se hizo hombre a través de la caballería. Luego se desposó. Sonrió al recordar la vergüenza que tuvo doña Urraca en la primera vez. Con la semilla de aquella noche quedó preñada. Vino entonces Lunete, y el caballero evocó la bendición que le cayó con

su nacimiento. «Hija primera ni nazca ni muera», decían. No obstante, Alvar vio en aquella criatura minúscula, encogida, de cabeza grande y torcida, lo mejor de su propia vida. Cuando la sostuvo entre el brazo y el pecho se admiró de lo poco que pesaba. Escrutó su rostro durmiente y complacido, luego al cielo y susurró en su diminuto oído que sólo aquella enorme e infinita masa azul era mayor que ella. Pero ahora estaba muerta. Y estaba muerta antes que él.

Alvar se estremeció al reflotar su dolor; aquellas ilusiones casi olvidadas, las verdades en las que creyó y que ya no valían lo que un suspiro, las mentiras que borran un pasado, los odios que provocan tormentas, las venganzas que llevan los barcos en volandas. El estremecimiento de Alvar dejó pasó a la más profunda crispación del alma cuando volvió a pensar en su búsqueda. La búsqueda que valía todo un mundo.

Todo aquello discurrió como si ante él se precipitara una enorme ola que, en lugar de mar, llevara recuerdos y quisiera ahogarlo.

Lo mismo le sucedió pocos días antes, cuando contempló cómo tras los arenales y tras los brazos de agua con que el Cantábrico araña la costa, las montañas verdes de su Castilla se levantaban tras la bruma, como si fueran la última muralla.

El agua borbollaba blanquecina bajo la quilla. La nao devoraba una ola tras otra empujada por el norte. Todo el trapo, hinchado, hacía estremecer las vergas y arboladuras. La cubierta se abombaba, los malletes parecían no aguantar. Pero Alvar no se asustaba porque ya había descubierto la última muralla. Se lamió la sal de los labios al vislumbrar las montañas de su patria. Corrió por todo el abra, se arrimó a la proa de la nave y se situó justo sobre el mascarón. Sostuvo entre los pies el fardo que

siempre lo acompañaba, extendió los brazos y dejó que su capa se hinchara con el aire salobre. Las gaviotas acudieron adonde él, confundiendo el flamear escarlata de la capa con la sangre de los pesqueros. Coronando el tajamar se formó una nube de graznidos blanca y frenética. En el surco con que la nao hendía al mar, a su paso, las barcas de los pescadores se inclinaban con pleitesía.

El puerto de Santoña cada vez aparecía más próximo, con los fanales alumbrando tras la bruma. Ya se aspiraba el olor del pescado muerto y de la sangre podrida. Iba quedando más mar tras la espalda. El viento empujaba a Alvar hacia su destino, esa fosa incierta que siempre acaba cubierta, y que le aguardaba tras el raudal de gaviotas. Sin embargo, aún no la percibía ni sentía sus fríos dedos. El hidalgo sólo atendía al rumor creciente de los tenderetes, a los gritos del puerto que se colaban por el tapiz de plumas. El rumor fue estrépito, la nave viró a estribor, las urcas empujaron y la escollera se acercó. Arrojaron por la borda las defensas y los cabos que unían al muelle. Antes incluso de que se amarrara la embarcación, Alvar ya había dado un gran salto y pisado su Castilla. Se tambaleó sobre ella por no mecerse ésta con la mar y tuvo que andar abriendo mucho las piernas para no caerse y aguantar el equilibrio.

Fue por los puestos comprobando cómo todas las gentes del lugar hablaban en el mismo romance que tanto hubo añorado y no la algarabía que había soportado durante muchos años, demasiados. Las ropas, aunque toscas, eran cristianas. No había grandes barbas y a las pieles las había tostado la mar y el sol, y no la sangre. Fue tal la emoción que lo embarazó, que corrió con sus piernas separadas hasta la arena que se derramaba a la vera del puerto. Dejó caer sus alforjas y se arrojó en la playa mientras las mejillas, contraídas, se le cubrían con el lloro. Así

estuvo hasta que el viento empujó desde tierra y las pulgas del mar comenzaron a saltar por sus ropas. Para entonces, sus ojos ya se habían secado.

El sol templaba poco, enrojecía y se achataba. No se demoró pues por más tiempo. Se incorporó, se limpió el rostro con la capa y se encaminó hacia la plaza de la villa marinera. Allí cambió la plata del rey Pedro de Chipre por maravedíes. Con ellos compró a Gimoso. En cuanto vio al buen trotón, sintió una extraña compasión por él. Le habían cortado la oreja, lo que indicaba que había tenido un mal amo, poco ducho en el manejo con espada desde la silla. Alvar había visto muchos caballos mutilados por las espadas de sus propios jinetes. Sin embargo, en Gimoso aquello era más penoso por ser un animal de muy grandes dotes para la guerra; de músculos potentes, patas altas y cascos gruesos y fuertes. El caballero le rascó el hocico y la bestia agitó la negra crin, alastró la oreja y escarbó el suelo. Luego relinchó. Alvar, que había conocido muchos caballos y reventado otros menos, intuyó que en aquél abundaba el arrojo y la lealtad. Entendió que cumpliría hasta el final de uno de los dos. Era lo que buscaba, lo que necesitaba; sobre el precipicio, una argolla a la que agarrarse. Sin regatear un maravedí, ensilló, pues, a Gimoso y lo cargó con todo el peso de sus alforjas.

Ambos pusieron camino al sur, hacia Mena, hacia el valle que se extendía tras aquellas montañas verdes. En él aguardaban su familia y sus posesiones. Franqueada la muralla, esperaba su último destino.

En los primeros tramos del camino, azuzó tanto con las espuelas que brotó la sangre del vientre de Gimoso. Después, pasado Escalante y conforme una sensación de vértigo y vacío sustituyó al dolor que lo atormentaba en los huesos y tras la vejiga, dejó de hostigar al caballo y lo dejó avanzar a un trote más descansado.

No había ya prisa. Una profunda tristeza comenzó a apoderarse de él y fue creciendo en sus adentros, de forma tal que su corazón palpité con brío menor. Donde debía haber alegría, él no albergaba otra cosa que no fuera desazón. Tantos años deseando volver a su Castilla, tantas noches soñando con sus paisajes y, ahora que había regresado y cabalgaba por ellos, sentía que la muerte acechaba tras cada loma, tras cada árbol, tras cada hoja. De repente, sintió una punzada tan aguda en la espalda que tuvo que pararse. Se le escarchó la piel por el mal augurio. Presintió una muerte gris y traicionera, sin gloria ni honra. Quiso encomendarse, pero no supo a qué y siguió con su curso.

El camino discurría hacia el sur por la vera del río Asón. No pasaba por demasiados poblados y, a los pocos que había, Alvar los rodeaba por intrincadas sendas. Del mismo modo, cuando advertía alguna presencia, se salía del camino y buscaba el camuflaje entre enebros y abedules. Si reaccionaba tarde, se bajaba la visera del yelmo y cubría su escudo. Sólo quería ser una sombra, pues su nombre estaba marcado. Aunque sus precauciones fueron innecesarias, pues con quienes se topó fueron aldeanos que, bien se escondían como él, bien bajaban la mirada a su paso.

El día se diluía cuando el caballero llegó a la confluencia de un afluente. Entonces descabalgó, desensilló al trotón y se envolvió con todas las prendas que pudo. Pasó la noche al raso. Al despertarse, sin meterse nada a la boca, atravesó la corriente y siguió por la linde del Señorío de Bizcaya hacia el sur.

Entonces no esquivó las aldeas con que se topó. Pasó por casas abandonadas, por poblaciones barridas por el tiempo en las que sus últimos habitantes tuvieron que apelmazar la greda de una tumba antes de marcharse.

El hidalgo escuchó cómo el viento golpeaba las portezuelas que, desencajadas, luchaban por entrar en sus quicios. Restos de chimenea indicaban que en infinidad de solares una vez hubo una casa. Conforme se abandonaron, la madera de sus paredes alimentaba la chimenea de sus vecinos, hasta que ya no hubo quien se calentara con ella.

Tal y como el caballero presintiera, la muerte acechaba: la peste llevaba años recorriendo aquellas tierras. Parecía que se hubiera extendido a través de las nubes que cruzaban el cielo sin cesar. Las nubes, además, llevaron el pedrisco y los hombres las guerras intestinas. Era la ruina.

En los últimos años un fuego de locura había prendido en Castilla. Al poco de partir Alvar, el rey Alfonso murió apestoso, llorando por contemplar la bandera mora sobre el peñón de Gibraltar. Su hijo Pedro fue coronado y, tan pronto sintió el peso de las joyas sobre su cabeza, comenzó a levantar su hacha contra quien le rodeara. Pese a no faltarle enemigos, se inventó más donde no los había y vertió su demencia hacia la sangre de doña Leonor de Guzmán, la amante de su padre Alfonso. Mandó matarla instigado por su propia madre, la cornúpeta. Por tener Leonor útero fecundo, su prole y legión no eran pocos en número. Así, Enrique de Trastámara, hijo suyo y bastardo de Alfonso, siempre contó con apoyos a la hora de enfrentarse a su real hermanastro. También encontró la ayuda en Francia, de donde salió con las Compañías Blancas, miles de soldados de bruñida armadura. Aunque muchas ocultaran almas negras. Por su parte, Pedro conseguía el apoyo de los ingleses.

La guerra no acababa nunca, Castilla se convirtió en el campo de batalla de la Guerra de los Cien años que libraban Francia e Inglaterra. Años de envidias, de codicias y de traiciones hicieron de la situación tan confusa y cambiante que llegaron a enfrentarse hermanos contra

hermanos, hermanastros contra hermanastros y, sin embargo, los verdugos y los familiares de las víctimas lucharon codo con codo.

El reino, por tanto, se encontraba destrozado. Castilla Vieja, la merindad, devastada y despoblada. Las gentes, desarraigadas. Sólo había una cosa que crecía y se fortalecía: la fe en un Dios castigador, implacable y vengativo.

Las aldeas se vaciaban. Quienes preferían no morir en ellas, huían para mal vivir y morir en otra parte. Las sendas y bosques se encontraban infestados de mercenarios desocupados entregados al crimen y de bandidos hambrientos, salvajes y sin el discernimiento para diferenciar lo humano de lo bestial. En el otro lado de la suerte, los hidalgos abusaban tristemente de su condición y reclamaban para sí todos los privilegios que podían y no les correspondían. Imperaba un penoso tráfico de mercedes.

Alvar comprobó con mucha aflicción cómo los de su clase eran odiados. Una vez superado el miedo a ser reconocido, pues creyó que otras cosas importaban más que su nombre, buscó la presencia de algún lugareño para mantener una charla mesurada. Quería conocer lo que el tiempo y la distancia obligan a desconocer. Sin embargo, los campesinos que deambulaban por las sendas huían al verle y se escondían baldíamente tras unos ramajes desnudos de hojas. En sus rostros se advertía el miedo. En el de Alvar, la indignación.

Fue así como descubrió que la Castilla de su recuerdo había empeorado durante su búsqueda. Esperaba ver un cielo azul atravesado por celajes blancos y estirados y que, conforme fueran arrastrados por el viento, adquirieran formas caprichosas. Pero el cielo era

plomo y, todo él, un nubarrón infinito que amenazaba con caer sobre él y aplastarle.

—Asina será el firmamento, in perpétuum, para quien guarde el secreto.

En las alforjas de Alvar descansaban las respuestas de su búsqueda en forma de libro. Ver la verdad que encerraba el misterio lo había vaciado. Descubrir las revelaciones le había despedazado el espíritu, plegado la voluntad y le había añadido diez años a su edad. Sólo volver a ver a los suyos y terminar con lo que había empezado lo habían mantenido sobre sus espuelas, aunque en su regreso se notaba tambalear. El frío intenso y la lluvia se filtraban por su malla. Pero no eran los que roían su ánimo; lo que lo hacía era la gran desgracia que se cernía sobre él.

Tras otro par de noches al raso, y de andar sus días, surgieron tres brazos del camino. El del frente seguía hacia el sur acompañando al río Trueba y, en jornada larga, casi dos, se llegaba a Medina, la población más importante y mejor guarnecida de aquella parte de Castilla. El camino de la derecha se tomaba para ir a Villasorda, Riba y Espinosa. Por último, la tercera vía torcía hacia el este. Alvar siguió por ella.

Pudo así, por fin, contemplar el Valle de Mena. En aquella tierra, fértil, generosa y dura, al pie de donde la sierra es más abrupta, un día se extendieron sus dominios. Sin embargo, el caballero no vio al centeno agitarse con el aire, a la alfalfa teñir el paisaje. Sus campos estaban yerros, quemados y cubiertos con sal. Ni siquiera los cuervos volaban sobre ellos. Sólo lo hacían las golondrinas, que ensuciaban el cielo con sus sombras.

Alvar bajó de la silla y caminó, en un espantoso y cruel paseo, por el solar en el que se levantó su palacio. Destruído hasta los cimientos, no se sostenía una piedra

sobre la otra. Al abrigo de las paredes crecían las zarzas y las malas hierbas. En lugar de servidumbre, por entre las ruinas sólo deambulaban los fantasmas. Los búhos ululaban donde antaño las gentes reían. El olor era agrio por donde una vez pasaron grandes bandejas con platos exquisitos y ricamente condimentados.

—Que sea tu memoria mil veces maldita, Fadrique.

Barruntó que encontraría respuestas en donde todos los comunes dejan algo escrito. Montó a Gimoso y lo puso al galope hasta que vio la vieja ermita. Enroscó las bridas a la encina solitaria y luego cruzó el portón del cementerio, pasó bajo la campana y, al final de una línea de barro, en el recodo donde se dejan a los muertos que se olvidan rápido, encontró dos tumbas con sendos nombres. Uno era el de su esposa y el otro, el de su hija. El primero lo leyó esculpido en piedra; el segundo, pintado sobre una madera medio podrida. La visión de aquellas tumbas lo había embargado de dolor, aun antes de descubrirlas, pues, y como entonces comprendió, había leído sus nombres en cada una de las lápidas que había encontrado en su camino desde Santoña. Entonces sólo quiso leer el suyo también.

Derramó las lágrimas que no hubo vertido en la playa. Enrojeció de desesperación, todas sus venas se tensaron y se constriñeron. Sus dolores se multiplicaron por mil. La bola de amargura que había ido creciendo en sus hígados ascendió hasta la garganta. Miró hacia lo alto, abrió la boca y dejó que saliera por ella, como sale la estaca en los empalados. Escapaba la amargura arrastrando la vida consigo, porque toda su vida era amargura. Alvar gritó al cielo y maldijo de nuevo a Fadrique. Todo él estaba desencajado. Estiró los brazos, mostró sus palmas al viento y, en vez de gaviotas, un torbellino de hojas muertas le cubrió de pies a cabeza. Su tormento también eran

los crujidos de la hojarasca. Siguió gritando. Las hojas entraban por su boca. Los tendones del cuello querían romperse, la mandíbula desencajarse y los pulmones reventar. El tuétano de sus huesos se hizo hielo. El escorzor de su entrepierna fue un tizón ardiente. La garganta se le rompió y el aullido dejó pasó al gemido. Las arrugas de las sienes fueron canales por los que corrían las lágrimas, como en un torrente de deshielo.

Las hojas siguieron revoloteando hasta que ya no hubo más lloro que tirar. Fue cuando el torbellino amainó y las hojas cayeron suavemente. El tormento de Alvar fue menguando. Bajó la cabeza, con los hombros hundió también la mirada y comenzó a palidecer. Su piel era glacial, como el acero en invierno. Pero no sentía frío. En su corazón, la pausa entre latido y latido era cada vez más prolongada. Sus pulmones se hinchaban de forma cada vez más lenta. El tiempo que separaba una espiración de otra se hacía eterno. Su llama estaba apunto de extinguirse. No parecía estar más vivo que quienes lo rodeaban. Cayó sobre sus rodillas y aguardó mientras su destino se aproximaba inexorable. Su fin era como una bestia que surgiera del bosque y que sorteara los árboles en rápidos quiebros, que superara los matorrales sin dificultad y que pasara sobre los arroyos como si rebotara en las aguas. Alvar esperaba su llegada mientras se mecía en un sueño cada vez más dulce. Se mecía como en las noches pasadas en la nao, con el rumor de la mar rompiéndose en el casco. Las olas se sucedían en armonía. Era una sensación de descanso absoluto. Invitaba a dormir. Era un reposo sin dolor, dulce, un canto de sirena, una melodía de otoño.

De niño, había días en los que el frío y la lluvia golpeaba el alféizar y decidía no levantarse de la cama. Se cubría con el lino limpio hasta las orejas y permanecía en el calor, esperando a que el sueño volviera a cogerle. Así se

encontraba entonces; esperando. Sin embargo, además del dulce murmullo de la mar, del repiqueteo de la lluvia, de la profunda melancolía, escuchó algo que no abunda ni en los mares ni en la hora última. Era el relincho de un caballo.

—Caballo abandonado, caballero sin hado — susurró Alvar.

Era un proverbio que le enseñó su tío cuando era niño. El tío materno era quien se ocupaba de la educación de los caballeros y eran los tutores desde los siete hasta los catorce años del pupilo. Alvar podía estar recitando durante horas las enseñanzas de Zoilo. El manejo de armas que dominaba era, igualmente, legado suyo y, lo más importante, hizo de él un hidalgo leído y versado en letras. Aquello era algo que contravenía la costumbre, pero alguien que quisiera pertenecer a la Orden debía dominar las letras tanto como la guerra.

Zoilo fue, también, quien le inició en el misterio y en la gran búsqueda.

Encontrar lo que buscó, desentrañar el terrible misterio, todo lo había cambiado. Nada era igual. Nada importaba lo mismo que antes de conocerlo. Ni siquiera la muerte... Todo ello desfilaba ante Alvar mientras su destino seguía serpenteando por la fronda. Avanzaba como una alimaña, como un perro rabioso, como un depredador. Salió del bosque, penetró en el campo santo y corrió por la senda de las dos tumbas. Allí el caballero permanecía inerte y encogido sobre el vientre. Con los brazos caídos, las manos hacia atrás, sus dorsos en el barro; la cabeza ladeada y el cuello torcido. El destino llegó junto a él, dispuesto a sorber su hálito y dejarlo muerto en el lugar. Sin embargo, en el mismo instante en que estrujaba su corazón para detenerlo para siempre, aulló furibundo, en un grito que pareció surgir de las profundidades más hon-

das. La muerte, pues el destino del hidalgo no era otro que la muerte, dejó que la vida siguiera latiendo y volvió por donde había venido.

Proveniente de la encina solitaria sonó otro relincho. Alvar estiró una mano hacia la lápida. Estaba blanca, helada y temblorosa. Se incorporó apoyándose en ella. La otra mano se agarraba el pecho, en el lado del corazón. Aun con gran dolor, su llama volvía a arder. La mecha era el secreto que traía, el que al tiempo lo atormentaba, y la cera la fortaleza de su espíritu y la templanza de su ánimo; dos de los principios de la caballería. No en vano, él era un caballero. Reuniendo toda la firmeza que pudo, adelantó un pie después del otro. Fue arrastrando las espuelas hasta salir del cementerio y llegar donde Gimoso. Al ser tomado de la brida, el bravo trotón contrajo los belfos, enseñó sus dientes y volvió a relinchar.

Tras el vuelo de la capa escarlata quedaron los muertos solos. Alvar galopó destapado, sin el yelmo, con el bote unísono de sus ropas y armas hasta que los cascos del caballo horadaron la tierra que rodeaba al chamizo.

Entre las cuatro paredes, bajo la techumbre de paja, el hidalgo vació las alforjas con lentitud. Fue colocando las cosas en el suelo, en orden, hasta que extrajo el fardo del que nunca se separaba. Quitó telas y pieles hasta aparecer un atadizo cubierto en raso. Lo desenvolvió y tomó el interior con sacra reverencia. Era una hermosa arqueta, de talla increíble, de las que se utilizaban para guardar reliquias, solo que no guardaba ninguna reliquia. Alvar levantó la tapa ante sí. Sus ojos reflejaron un extraño brillo rojo al hacerlo. Las paredes se tiñeron de sangre y el aire refulgió con el mismo color. El Libro había sido descubierto. Muy lentamente, sin respirar, con el mismo gemido de dolor que como si estuviera extrayéndose una espada del vientre, Alvar sacó el Libro de la

arqueta. Sus páginas podrían sacudir al mundo entero, acabar con los credos y con lo conocido. Contenían las terribles revelaciones del secreto.

Pese a que un olor delicioso manaba de la arqueta, Alvar saboreaba la amargura. No podía apreciar el olor de la madera del Líbano con que el artesano había realizado su trabajo. Una labor minuciosa, sobria y elegante que se destruiría en aquel instante. El caballero guardó el Libro entre algunas telas. Luego sostuvo la arqueta sobre su regazo y desunió con cuidado sus partes. A pesar de que sus manos estaban ateridas por el frío, trabajó con ellas, algo impropio de un hidalgo, hasta crear una pequeña lápida y marcar en ella una inscripción con la punta de la almarada. En el mundo no había otra lápida igual.

Una vez la hubo terminado, volvió al cementerio y la colocó sobre la tumba de su hija sin orar al cielo.

Aquello, aunque había sucedido el día anterior, el caballero lo recordaba muy lejano. Ahora volvía a estar en el chamizo. El humo casi había desaparecido y el joven Lope tiritaba a su lado. Estaba sentado, recogido sobre sí, agarrándose las rodillas y observando con aprensión cómo las llamas iban esfumándose.

—Echa más tarugos —ordenó Alvar.

—Enseguida, mi buen señor.

El fuego volvió a crepitar con fuerza al cabo de un rato.

—Ora dirás tu nombre y luego por cuál desventura molestabas el descanso de Lunete.

—Sí señor, imal duelo venga sobre mí si con gusto no lo hago! —repuso el joven—. Lope me dieron por nombre y soy herrero en el pueblo.

—¿De la familia de Hernán Herrero? —preguntó Alvar con tono crispado.

—¡Oh, no señor, que tal gracia no ha de corresponderme! —repuso Lope—. No soy yo de acá, pues fui nacido en Bizcaya.

—¡Bizcaya! ¡Tierra brava de gentes decididas!

—Eso dicen, mi señor. Mas salimos de allí siendo yo muy zagal, tanto que sólo hablo la lengua que oís. Mis padres pensaron que por estos lares castellanos mejor habría de irnos, pues no había ni oñacinos ni gamboínos, así que nos cargamos de hatillos y anduvimos hasta llegar acá. Éramos pellejeros y felices, señor, pero quiso el Todopoderoso, por algún mal que hicimos e ignoro, llevarse a mi familia. Mandó la peste. Todos murieron. Mas la buenaventura me tocó pues, quedando yo solo, quiso Martín Herrero, el yerno de Hernán, que esté en gloria del Señor, tomarme como aprendiz.

—O sea, que Hernán ha muerto —Alvar pensaba en alto.

—Sí señor, la peste. Sólo queda sangre suya en su hija.

—Ya —replicó el caballero—. Se ve que eres mozuelo facundo, mas todavía no sé cuál asunto te tenía junto a Lunete.

Lope tomó un cuenco vacío entre sus manos y comenzó a pasar la yema de un dedo por el borde. Respondió sin levantar la frente de allí.

—La amaba, buen señor.

Alvar apagó de un escupitajo una pavesa que agonizaba junto a sus pies.

—¿Y, por alguna ventura, ella a ti?

—¡Oh, no señor! ¿Cómo pensarlo? No soy sino un siervo, un aprendiz de vulgar oficio mientras que ella es... era una Ruiz de Gaminiz. Era fermosa, señor, de cuerpo menudo y proporcionado —Lope sostuvo sus manos frente a él—. Mis palmas están cubiertas de malos callos y

peores grietas, mientras que las tuyas eran la nata de la leche.

—Cierto que no eres mancebo de gesto venusto... empero la amabas —repuso Alvar—. Aun sabiendo que tu amor no era posible, la amabas. La amabas... como un lobo ama a la luna, que la canta y no la monta

Alvar se encogió y se arrimó más al fuego. Seguía lloviendo. Las nubes, por ser muy negras, habían adelantado el ocaso. Hallándose los bosques tan infestados de alimañas y bandidos quiso Lope pasar la noche en el chamizo tal y como Alvar le propuso. De esta forma, fueron echándose las tinieblas y el sueño fue tumbádoles a los dos hasta que sólo se oyó el golpeo de la lluvia.

LA HERRERÍA

Alboreaba sobre la niebla y Gimoso ya cargaba con la silla, con las alforjas y con Alvar. El caballero quedaba cubierto por la herrumbre de su armadura de la cabeza a los pies, pues vestía desde el yelmo hasta las calzas. Su capa escarlata se extendía hasta los cuartos traseros del animal y caía acompañando a la gualdrapa de éste. Con una mano agarraba las bridas, con la otra sostenía la lanza. Sacó ésta de la cuja y dirigió su punta metálica hacia la puerta del chamizo. Tanteó con suavidad en la penumbra y hundió el hierro en las nalgas de Lope. El joven salió del sueño con un respingo, se incorporó y contempló entre la niebla la figura fantasmagórica de aquel andante. «Más parece del más allá que del más acá», pensó mientras se frotaba la trasera.

—¡Estira tus piernas, mozo Lope! —espetó Alvar—. La herrería nos aguarda.

Y fue así, entre el piar de los gorriones y los tenues rayos de un sol débil y oculto por la niebla, como fueron dejando atrás uno y otro sendero hasta llegar al camino que unía el cementerio con el pueblo, y hacía allí doblaron. No caía lejos pues, siendo todavía la mañana, asomaron las primeras chozas. Eran de madera en su mayoría, y se levantaban con troncos enteros, a los que no se había quitado la corteza, y con barro entre sus grietas. Eran pequeñas, muchas de ellas tan sólo contaban con una habitación en la que dormía toda la familia. Sin embargo, algunas casas, las pocas, destacaban por su tamaño y por la piedra con las que estaban construidas. Otras incluso tenían dos pisos, lo que indicaba que los dueños eran de alta heredad.

El pueblo se encontraba en el fondo del valle, flanqueado por empinadas laderas y atravesado por un riachuelo que siempre murmuraba. Por su orilla discurría el camino por el que se habían acercado Alvar y Lope. Alacanzadas las primeras casas, el hidalgo golpeó con la lanza la visera de su yelmo y ésta le cayó con un chirrido. De nuevo, el rostro se tapaba. De él sólo podían verse los vidrios de musgo. Las ropas y armadura formaban uno con Gimoso; una visión que estremeció a los aldeanos. Rápidamente interrumpieron sus quehaceres. Las mujeres arrojaron sus cestos, tinajas o pellejos y corrieron a sus casas tomando a los pequeños entre sus brazos. Cerraron las puertas, corrieron los cerrojos y rezaron sus súplicas para que el caballero no quisiera entrar ni en sus hogares ni en ellas.

—Años ha, no ocurrían tales cosas. Lejos queda la fiesta y cerca los miedos. ¡La misma mirada que los otros! —murmuró tristemente Alvar.

Los aldeanos siguieron temiendo el paso del caballero, lo que acrecentaba su disgusto. Conforme

atravesaba el pueblo le pesaba en el alma el terror que infundían sus armas y su caballo. Tal temor era mayor donde había más espacio entre las casas, que fue al principio. Luego, lo fue menos pues llegaron al corazón del lugar, donde había alguna callejuela sin adoquinar y las paredes estaban muy cerca entre sí. Pasaron por allí y, como no cesaron ni el trotar de Gimoso ni el andar de Lope, de nuevo, las casas fueron desperdigándose y el recelo de los lugareños volvió a crecer.

Retomaron el hidalgo y el joven el lado del riachuelo hasta que, al fin, se detuvieron junto a una casa bien erigida. Adyacente a un patio común se levantaba una herrería. Como es propio, de allí salía mucho humo y, al acercarse, también era mucho el calor que se sentía. En la fragua trabajaban Martín Herrero y sus hijos. Martín se hallaba muy concentrado cortando con una cizalla y no veía nada que no fuera el metal. Quien manejaba el fuelle, que era uno de sus hijos, le tocó para advertirle de la visita.

—¡En buena hora, Lope! —dijo con más reproche que alegría mientras estudiaba con el rabillo del ojo al caballero, a quien luego se dirigió con prestancia:

—¡Buen día tengáis, señor caballero!

—Buen día, herrero —respondió Alvar con un timbre metálico y amortiguado por el yelmo—. Es menester apañar alguno de mis hierros y dar buena forma a otros y, en lo que toca a mi bravo Gimoso, has de atender sus carnicoles y darle buena yerba.

Lope, que permanecía mudo por previa indicación de Alvar, seguía atentamente aquel intercambio de palabras lleno de fastidio. No hubo contestación a la mención del hidalgo y, por un rato, nadie dijo nada. Mientras, Gimoso avanzaba hacia delante y hacia atrás tirando de su freno, piafando y manteniendo su oreja tiesa. Al fin, el

silencio se rompió porque las brasas restallaron. Todos miraron al del fuelle, el cual, al sentirse reprendido, torció el gesto nerviosamente hacia un lado. Se había apoyado en su herramienta y el aire que expelió había alterado a todos un poco más. Martín se enjugó el sudor con el pañuelo que llevaba anudado a la cabeza.

—¿Se os ofrece algo más? —preguntó.

—Pues sí, sí por cierto, herrero. Se me ofrece algo más. Se me ofrece hospedaje y puedes dar gracias a la buenaventura, pues por su capricho me dispongo a honrar tu casa.

—¿Mi casa? —a Martín le cayó el sudor en cascadas—. ¿Pensáis que es merecedora, buen señor? ¿No corresponde mejor a un hombre como vos el alojamiento en una buena posada o en una recta abadía?

—Más me place tu propia casa y, como ya he dicho, honrarla es mi propósito. Luego de que se me haga fiesta, seguiré de cerca tus faenas. Es menester que sepas que lo que se le hace a mi espada Brocadura se me hace a mí y lo que sufre mi Gimoso, lo sufro yo. De paso, los calores del horno serenarán mis artículos; que quien tuvo lumbre vivió, mientras que quien tuvo pan, murió.

La determinación de Alvar era clara y Martín no pudo más que resignarse y encomendarse para que, al menos, le pagara mejor que míseramente.

—Estonce la dicha embarga mi hogar —mintió— si en él entra un prohombre como vos, pues vuestra alcurnia dice que sois un fijodalgo... ¿Me concederéis, y así completo mi gracia, conocer vuestro nombre?

—Te la concedo, herrero. Pues en paz estoy con él y ya se dice que el hombre goza su nombre. Soy don Tristán Rodríguez, leal servidor del rey —y diciendo la falacia clavó una significativa mirada en un Lope que, al instante, comprendió que su silencio era inobjetable. Con su nuevo

nombre, Alvar, el nuevo Tristán, descabalgó, recogió sus cosas y tomó la derecha de la casa.

—¡Señor! —gritó Martín.

El caballero se detuvo y se volvió crujiendo.

—¿Qué se antoja, herrero?

—¿Podrías decirme a cuál rey servís tan lealmente?

En la frente de Alvar, la vena comenzó a palpar.

—¡Al de Castilla, por mis barbas!

Tras responder, quiso retomar el camino a la casa, pero no acabó de dar otro paso cuando, una vez más, le interrumpieron. Quien lo hizo esta vez fue la mujer del herrero, la hija de Hernán. Había aparecido por la puerta del establo con un cesto de ropa. Sus cabellos eran rubios, pero sin brillo; sus ojos, claros como la carne del pepino, que parecía no tenerlos; la nariz, pequeña y estrecha; la tez, casi incolora; y la boca, de tal forma encogida que parecía que estuviera sosteniendo un güito de aceituna. La túnica que vestía era de las elegantes, con mucha botonadura en el costado y mucha largura en las mangas. Sin embargo, quedaba demasiado holgada por todas partes, pues la mujer era famélica y le faltaba pellejo. No se podía adivinar la forma de sus pechos y, bajo la barbilla, en lugar de carne, no había sino tendones y venas. Cuando hizo la pregunta, abrió la boca de tal forma, que el güito podría haber sido el de un melocotón.

—Ya suponíamos tal cosa, señor, pero... ¿A cuál de los dos? —su voz resultó ser de esas profundamente irridentes.

Hubo un estremecimiento bajo la armadura del hidalgo al ver a la mujer y reconocer en su fuero la mala sangre de su padre. Sintió una profunda aversión hacia ella, un asco impensado. Pensó en sacar la espada y acabar con la semilla de Hernán, en dejar al asesino sin

descendencia. Pero sólo lo pensó. Luego, reparó en la expresión entre curiosa y expectante de los presentes, que esperaban la respuesta. El odio dejó paso a la confusión. No entendía el sentido de la pregunta. A una Castilla le debía corresponder un rey por naturaleza. Su vena podía estallar de un momento a otro.

—¡Por mil demonios y pedriscos que no habré de dar más explicación a unos herreros! ¡Sirvo a quien su sangre puso en el trono del reino!

Dicho lo cual, inclinó la cabeza bajo el portón y se introdujo en la casa, que era de las de piedra, con dos pisos y con muchos cuartos. Se acomodó en la habitación del propio Martín, que era la mejor, y tomó descanso durante el resto del día y la noche siguiente.

EL AMIGO DEL ENEMIGO

El gallo de Martín era de los madrugadores y, antes de que clareara por el oriente, ya había desvelado a toda la casa. La mujer del herrero fue la primera en levantarse. Se colocó la túnica por la cabeza, se abotonó el costado y las mangas y salió del mísero cuchitril en el que aquella noche había intentado descansar. Pasó frente a su antiguo cuarto, en el que ahora dormía Alvar, y escupió bajo el atrio.

—¡El diablo te ahogue, don Tristán!

Entró en la estancia principal, pasó frente a los resoldos del hogar y repartió sobre el nogal de la mesa un pan oscuro, unos nabos y unos cuencos con algo de leche. Poco a poco fueron asomándose sus hijos, Lope y Martín. Todos ellos con sus pañuelos en la cabeza y enfundados en sus trajes de faena. Vieron la comida y mostraron su desagrado.

—Es la mesa de un labrador —se quejó Martín.

—¡Boca cerrada y a comer con gana! —repuso la mujer.

Alvar fue el último en aparecer, pues la fatiga que había acumulado no era de las que desaparecen con un solo descanso. Cuando bostezó frente al resto, lo hizo con la cara descubierta y sin armas. En la mesa se le había guardado la cabecera y en ella se sentó. Contempló lo mendrugos.

—¡Mujer! —gritó.

La esposa del herrero apareció en la sala estrujándose las largas mangas y con el labio prieto entre los dientes.

—¿Qué se os ofrece, señor? —preguntó con una voz excesivamente aguda, incluso para ella.

—¡Cojones! ¡Buen yantar se me ofrece y no estos malos zatos!

Ella miró a su esposo en busca de refuerzo, pero éste, en vez de dárselo, se constriñó y acabó por bajar la cabeza. La mujer, al verlo, se giró de mal modo y fue hasta la fresquera. De allí sacó un trozo de pichón con clavo y una generosa ración de alfeñique, una pasta de almendras con miel.

—Mejor presencia tiene esto, mujer —dijo el hidalgo al ver los manjares—, y espero que, desde ora mismo, todo tenga igual mirada. Para la cena, por ejemplo, puedes preparar un buen guiso. Como la olla que vi ayer en tu fuego, con el mismo olor a queso y a manteca que la que digo. Y ya que, a buen seguro, tendrás a bien complacerme, te diré, puestos a preferir, que prefiero en dicha olla la carne del cordero a la del cerdo. ¡Maravedíes que compran clavo bien podrán comprar cordero!

—Como digáis, señor —respondió con una sonrisa tan fingida, de boca estrechada y nariz hinchada, que podría haberse tenido por una burla.

—«La misma culebra que el padre» —pensó Alvar.

El joven Lope, que daba cuenta de lo suyo en el otro extremo de la mesa, terminó de engullir los nabos y los mendrugos e hizo ademán de levantarse. Sin embargo, se vio interrumpido por una indicación de Alvar, que chistó y alzó la mano extendida para luego bajarla lentamente.

—Don Tristán, que necesito al mozo para mis quehaceres —se quejó Martín.

—Y yo para los míos, herrero —respondió Alvar con la boca llena—, mas no te preocupes pues éstos son breves y poco cansados.

Una vez Alvar y Lope se quedaron sin más compañía, se acercaron al hogar, tomaron asiento y compartieron el alfeñique. Mientras masticaba, la mirada goda del caballero se hundía en el centelleo de las llamas. Su susurro se unió a los suaves restallidos de la madera.

—Dime, mozo Lope ¿era mi hija una beldad?

—¿Beldad, señor? —respondió al tiempo que se persignaba—. ¡Por esta señal de la cruz os digo que era un día de primavera, más fresca que el rocío de la mañana y más dulce que el jugo de estas almendras!

El caballero contuvo un gesto de amargura.

—¿Cómo murió?

—De peste, mi buen señor.

El hidalgo parecía estar esperando esa respuesta.

—¿Y su madre?

—También, señor. El Todopoderoso quiso llevársela unos años antes que a Lunete. Hay tanto pecado en el mundo, que Dios se lleva incluso a los buenos.

Alvar soportó un codo en la rodilla y se mordió los nudillos del puño. Lloraba sin lágrimas. Siguió susurrando:

—Dime, mozuelo, ¿qué mala fortuna hace que Lunete descanse de forma tan impropia, en lugar tan malo y sin las buenas piedras que, al menos, cubren a doña Urraca, su madre?

—Veréis, don Alvar...

El caballero lo ballestó con la mirada. En ella las ascuas ardían más que en el hogar.

—Perdonadme por vuestra caridad —balbució Lope—. Veréis, don Tristán, el caso es que doña Lunete quiso que fueran piedras del palacio de los Ruiz de Gaminiz las que dieran amparo a su madre por toda la eternidad. Así que reunió buenos puñados de maravedíes para comprar el favor dominico y, con él, rescatar unas losetas de las ruinas del palacio —Lope bajó su voz hasta hacerla casi inaudible—. Supongo que ya sabéis que fue derruido tras declararse que... tras decir el pater Fadrique que don Alvar era amigo del Enemigo.

—Algo tengo por sabido —respondió Alvar—. Prosigue.

—Prestamente, buen señor. La cuestión es que lo que doña Lunete pudo conseguir para doña Urraca, no lo pudo conseguir para sí, pues aunque vivió con mucha gentileza, también lo hizo con pocos dineros.

—Dime, pues, otra cosa. En el chamizo del bosque no he visto las cosas de caza de los Ruiz de Gaminiz y sí frazadas, algunos paños y prendas de dama. ¿Vivieron ahí las señoras?

—Sí. Os he dicho que no andaban sobradas de dineros.

—¿Y quién las proveía?

—Pues veréis, señor... —Lope se rascó la cabeza y trató de ocultar un gran pesar antes de continuar—. Tal era la gracia y nobleza de las damas que, algunos aldeanos, luego de rodear a los dominicos y de escapar a las largas manos del pater Fadrique, se adentraban en el bosque provistos de cestas con abundamiento de pítanza y de abrigo. Y no pedían nada a cambio señor, os lo juro. Lo hacían porque ellos se sabían siervos y en ellas reconocían a sus señoras.

Conforme hablaba, el aliento se le apagaba, lo invadía un gran sonrojo y no dejaba de frotarse el cabello de forma compulsiva. Pero Alvar no reparaba en ello, pues hacía rato que no miraba. Apretaba tanto con los dientes que de sus nudillos brotaban hebras de sangre.

—¡De la gracia, por mi vida! ¡Vivían de la gracia de los aldeanos! —se lamentó—. Desde que echamos al moro, los Ruiz de Gaminiz han vivido de sus tierras, derechos y rentas, ¡y ahora sus mujeres acaban en la penuria! ¡Qué fueron y qué son!

—Vuestra tristura es la mía... don Tristán —repuso Lope.

Alvar movía los labios casi imperceptiblemente.

—El camino que sube y que baja es uno y es el mismo —repetía.

Eran algunas de las palabras del secreto que había traído consigo. Estuvo farfullando la frase hasta que un tronco estalló. Aquello lo despabiló. Espiró lentamente y se arrimó a Lope. Tanto le acercó el rostro, que la recia barba del uno y la poco poblada del otro casi se tocaron. El joven se estremeció al ver las llamas tras aquellos ojos a veces verdes, a veces pardos, y entendió que, el hombre que tenía frente a él, contenía una ira infinita. La templanza de caballero no evitaba que trasluciera el averno que llevaba dentro.

—Mozo Lope, a la vista queda que te tengo en buena gracia. Alguien que amara de modos tan castos a mi hija merece un hueco en mi corazón... ¡Escúchame, mozo Lope! Tienes pocas barbas, y si bien tu meollo es liviano para algunas cosas, parece que no lo es tanto para otras — se humedeció los labios antes de proseguir:

—Creo que el infierno que arde en mí va a consumirme de un momento a otro, si tal cosa ocurriere, quiera la providencia que seas tú quien recoja mi último aliento.

—Me sonrojáis, señor —respondió Lope—, y lo hago pese a que no he entendido la mitad de lo dicho por vos, en especial eso de las subidas y las bajadas. Mas me basta la otra mitad para que me venga el color, pues no soy merecedor de que un personaje de vuestra gentileza me tenga en tan buena estima. No soy sino el aprendiz de un herrero y vos sois un gran caballero.

—Tiempo habrá para que vuelen tus nubarrones, mozo Lope, mas recuerda mientras tanto que hay caballeros marcados con estigmas indelebles sin mejor suerte que el peor de los encadenados. Hay caballeros condenados al tormento y que se ven obligados a abandonar su tierra —comenzó a lamerse los nudillos y siguió hablando a un tiempo:

—Dices que eres un aprendiz de herrero, ¡pues no ha de ser tan mala cosa! Podrías ser escudero, y bien se sabe que puede el rey hacer caballero, mas no puede hacer escudero. La grandeza no mira oficios. En los últimos años, he descubierto la inquina en hombres con corona y la hidalguía en el campesino. Y después de desnudarlos, he visto mezquindad en hombres de jubones acolchados y largueza en los harapientos. Y he sido testigo de cómo malas fiebres y pestes arremetían contra unos y otros y cómo la serenidad en la hora postrera no entendía ni de cunas ni de alcurnias.

—Recuerda también —continuó— que el hoy aprendiz de herrero mañana puede ser fiador del rey. Y te digo esto puesto que, en mis viajes, he entendido que providencia y ventura, las hermanas del mañana, caminan según libre albedrío. Hombres llanos son capaces de acumular riqueza, y lo mismo pueden hacer hincar la rodilla a su señor que pender de una sogá amarrada al pescuezo. Y sea como fuere, recuerda bien otra cosa mozo Lope: el sol es nuevo cada día, no es posible entrar dos veces en el mismo río. Y si bien el camino es siempre el mismo, nada es para siempre y nada es desde siempre. ¡Nada!, ni la más firme roca de tu fe estará por siempre en su sitio... todas las cruces se inclinan y caen.

El aprendiz de herrero llevaba un rato con la boca abierta. La cascada de aquella locución desbordaba el cuenco de su entendimiento y, con la última frase del caballero, sintió un espeluzno.

—Señor, eso que decís suena a cosa muy profunda. Y no existe dilema en que vos sois hombre leído y, sin duda, veis y entendéis cosas que yo ni veo ni entiendo. Mas desde mi ignorancia hay cosas que no puedo si quiera imaginar.

—Háblame con franqueza. Mas, por tu vida, hazlo susurrando —señaló Alvar.

—Veréis señor, supongo que cuando os referís a eso de que nada es desde siempre, ni la roca de mi fe, ni las cruces, no os estaréis refiriendo a la Palabra de Dios, pues es cosa sabida que ésta es eterna y sólo cuestionable por el Enemigo, iy no penséis que hablo de esto por lo que el pater Fadrique dijo de... de don Alvar! —Lope frotaba mucho sus manos, y por más que las acercara al fuego las seguía notando frías. Se dio cuenta de que sus observaciones habían ido demasiado lejos y trató de enmendarse rápidamente—. Señor, quiero que sepáis que, con respec-

to a la muy noble familia de los Ruiz de Gaminiz, ni yo ni muchos paisanos creemos lo que dicen los dominicos de don Alvar, aquello de su secta luciferina y de sus pactos demoníacos —su acento fue el de una disculpa temerosa. Sentía que cada palabra suya empeoraba la situación, lejos de arreglarla.

—¡Pues más os vale a ti y a los paisanos no hacer público tal parecer! Hay algo más peligroso que un loco con una espada; y es un loco con una cruz. ¡Por mis barbas que es verdad lo que digo!

En este punto la conversación se vio interrumpida. Tras ellos, se hicieron audibles unos pasos que querían ser furtivos. Eran de la mujer de Martín Herrero. Ésta no volvió la vista hacia ellos, sino que apretó contra su regazo el fardel de ropa que llevaba y salió presurosa de la estancia, con cortas pero rápidas zancadas.

—Mejor será que tomes tus faenas en la fragua —dijo Alvar al aprendiz—. Seguiremos la parla en otro momento, que hay cosas que deseo compartir y otras que necesito saber, icomo el número de tronos que hay en Castilla!

—Como gustéis, caballero don Tristán.

El joven se levantó, y cambió el calor del descanso por el de la tarea. Se unió a Martín y sus hijos y con ellos compartió el sudor y la ceniza hasta que el día volvió a apagarse.

EL TEMPLO

Conforme los nuevos días sucedían a los viejos, iban dejando menos luz a su paso. Las últimas bandadas de grullas, garzas, ánades y alcaravanes que volaban hacia el sur lo hacían de prisa, huyendo del frío como perseguidos por el milano más fiero. Los vientos azotaban con gélidas embestidas. A veces soplaban con un aroma dulzón, prólogo a la caída de unos copos de nieve semejantes a pequeñas plumas. Era pues, cada vez más necesario el calor de la casa de Martín Herrero, y menos las ganas de salir a la intemperie. Alvar permanecía junto a la fragua pese a tener ya las armas y armaduras restablecidas. Casi nunca salía de su habitación y, cuando lo hacía, se sentaba en la estancia principal y se quedaba absorto frente a las llamas del hogar.

Sin embargo, una noche en la que despejó y la luna alumbró una intensa helada, el hidalgo salió de la

herrería. No quería desvelar pero, a pesar de poner empeño en que sus ruidos fueran imperceptibles, sus espuelas golpearon el suelo y no pudo reprimir unas toses estruendosas. Eso lo hizo apresurarse. Cruzó el patio, llegó hasta el establo y preparó a Gimoso. El cual, al sentir el cuero de la silla, relinchó a modo de queja. El frío era demasiado intenso hasta para un trotón de combate. Alvar acertó a meter un pie en el estribo, se apoyó con el otro en una cubeta y se impulsó hasta que toda su gravedad, el de sus armas, el de su armadura y el del fardo que llevaba las soportó el animal. Al descansar en la silla, el caballero no pudo evitar un gemido por el daño que sintió. El dolor que tenía en el interior, entre sus zonas más íntimas, era más agudo cada día que pasaba. Apretujó sus huesos, ahuyentó un quejido y chasqueó las bridas. Los cascotes de Gimoso retumbaron hasta desaparecer en la boca de la noche.

El hidalgo guió su montura a través de un sendero que seguía el riachuelo y que luego se perdía en una ladera. La luz de plata caía sobre las ramas de los castaños y los robles, y las hacía ser más largas. Los fresnos y escaramujos crecían muy juntos unos de otros y la yedra los envolvía. Las zarzas y rastreras arañaban las patas del caballo. Las víboras y musarañas se escondían entre los bruscos. Comenzaba la ascensión más enconada cuando los rayos de la luna se hicieron más tenues hasta morir por completo. Bajo la espesa y escondida nubosidad que cruzaba el cielo, los zorros y garduñas corretearon nerviosos. Alvar, prevenido ante tales contingencias, extrajo de las alforjas un palo con su sebo y unas piedras con las que hacer fuego. Poco más tarde, sostenía la antorcha sobre la testuz del caballo, teniendo cuidado de que las gotas ardientes que caían no dañaran al animal. La grasa era tacaña y alumbraba poco. En la ascensión les rodeaba un

resplandor trémulo y tan pequeño que no habría envuelto la lanza, si el caballero la hubiera enristrado. Pese a todo, aquella figura andante de marco dorado llegó finalmente a su destino.

Ató a Gimoso a las ramas torcidas de uno de los noguerones que abundaban en el lugar, tomó el paquete y subió por una pequeña pendiente. Poco después, el fulgor de la antorcha arrancó unas piedras de las tinieblas. Alvar bajó la llama hasta casi tocar la tierra, entrecerró los párpados y descubrió un tenue resplandor tras unos ventanucos alargados, tal y como esperaba. En ese punto, la nubosidad que cubría la luna siguió su viaje, sus rayos atravesaron la atmósfera y se pudieron vislumbrar las dimensiones del templo. Era rectangular, adusto como el paisaje en que se levantaba. Sus piedras eran moles perfectamente dispuestas entre sí. En el borde superior, donde el tejado moría en un arco, dos cánidos le observaban de forma granítica; a su derecha un conejo era perseguido por un lobo con un miembro enorme. Junto a ellos, aparecían esculpidos un pájaro, una tortuga, una mano y un cabrón. En los extremos del arco, en su punto más bajo, bajo el soplo ambarino se dibujaban dos rostros: uno era presa del sufrimiento extremo, mientras que el otro forzaba el gesto hasta crear un mohín grotesco.

—De mi gusto nunca fuisteis.

El caballero rodeó el templo y llegó al lado opuesto, que era donde estaba la entrada. Golpeó la puerta con su guante de hierro por tres veces. Por toda respuesta, del interior le llegaron algunas exclamaciones, rápidas pisadas y el gemido que una espada arranca a su vaina. Luego, el silencio. Alvar repitió sus golpes. Nada.

—¡Abrid, mis freires!

Comenzaba a sentir el frío muy dentro y la grasa de la antorcha, que algo de calor daba, se iba consumiendo.

—¡Abrid! ¡Soy don Alvar!

Nuevamente, del interior del templo volvió a escaparse cierto revuelo. Esta vez sólo eran voces. Parecían discutir. Transcurridos unos instantes, una voz cascada por la edad respondió con una pregunta.

—¿Cuál Alvar?

—El de cruz negra en cielo amarillo, mi freire.

—¿Don Alvar Ruiz de Gaminiz? —volvió a preguntar la voz cascada.

—¡Sí! ¡Demontre!, don Alvar Ruiz de Gaminiz ¡y ora abris la endemoniada puerta o por mi vida que no dejaré una sola astilla! ¡Menaza de caballero!

Se oyeron entonces el descorrer del cerrojo y el gemir de los goznes. La puerta se abrió y Alvar se apresuró a poner sus pies dentro en busca una tibieza que lo reconfortara. En el templo había unos pocos cirios encendidos; los suficientes para hacer llegar algo de claridad a muchos de los rincones y alargar las sombras de las cosas antes de escurrirse por los ventanucos.

Había esperado aquel momento desde que saliera en busca de las respuestas del misterio. La última vez que dejó tras de sí el templo, tenía muchos menos años y más esperanzas. En su vanidad de juventud había soñado con su regreso triunfal como portador de un secreto que lo redimiría a él y al mundo. Esperaba entrar flanqueado por un pasillo de túnicas amarillas con cruces negras. Se había imaginado los rostros de los freires intentando contener un lágrima, un grito de júbilo mientras lo contemplaban desde lo alto del coro. Pero no.

Solamente había tres hombres en el templo, y mostraban más recelo que admiración. El que había abierto la puerta, el de la voz cascada, tenía clavados en Alvar unas córneas a medio velar. Tomó un cirio y lo acercó de tal forma al recién llegado que casi le prende la barba. Le

escrutó un buen rato hasta que, al fin, contrajo una parte de la boca. Su mueca era una rara mezcolanza de emociones, entre las que destacaba la incredulidad.

—¡Por los cojones del Anticristo! —profirió—. ¡Llévense los diablos! ¡Sí que sois don Alvar! Pues si no lo sois, o sois un mal espectro que viene a confundir, o mis ojos se hallan más velados que nunca.

Los otros dos hombres se acercaban lentamente. Deslizaban sus botas por el crucero del templo y atravesaron el espacio flanqueado por dos capillas y que se extendía bajo el coro. Uno de ellos era el que había desenvainado la espada. Mientras la sostenía, su mano huesuda iba tomando el tono de un colmillo y temblaba cada vez más. Llegó junto a Alvar, se arrimó a él y comprobó que, efectivamente, era quien decía ser. Su hosquedad desapareció, pues no era el enemigo que temía. La sonrisa dejó paso a las carcajadas y éstas a las toses. Mostró sus encías purulentas y unos dientes ennegrecidos por comer sólo carne. Descansó la punta de la espada en el suelo y el temblor subió por su brazo hasta instalarse definitivamente en su cabeza. Los salivazos de las toses fueron así repartidos en todas direcciones.

—Muchas arrugas tenéis para ser un espectro —acertó a decirle.

—¿Cuál ha sido el hado que acá os ha traído, Alvar? —preguntó el otro.

—¿Acaso no es noche de luna centelleante y redonda? —le repuso a su vez.

—Cierto que lo es ¡hoy es corusca la maldita!

—Por ende, es la noche de la Orden —sentenció Alvar.

Todos se cubrieron. Al oír la palabra «orden» espionaron las sombras y oscuridades por si había alguien acechando. Nadie había. Cerraron la puerta y comenzaron

a apartar lentamente sus capas de los rostros. Pero sin desencogerse del todo, como si todavía temieran algo.

La Orden del Temple había sido destruida muchos años atrás por todas las envidias que despertó. Los tesoros que reunió y que los demás anhelaron no sólo eran muchos, sino que pertenecían por igual a lo mundano y a lo divino. Los templarios lo mismo andaban sobrados de oro como de libros, de espadas como de sabiduría. Hablaban tanto de Dios como del diablo. Todo aquello les perdió. Se abolió la Orden y a sus caballeros se les torturó y asesinó. Con fuego primero y tierra después, se pretendió borrar su memoria. Sin embargo, con los años se desvaneció el humo de la destrucción y otros caballeros recogieron los vestigios de los templarios: estudiaron en sus bibliotecas y se reunieron en sus templos. Copiaron algunos ritos, algunas formas, bebieron del mismo cáliz y crearon órdenes secretas y clandestinas, pues seguían estando penadas. La orden de Alvar surgió, pues, como heredera de aquella otra que, en el pasado, fue más grandiosa y poderosa. Se tornó el blanco de la capa por el amarillo y el rojo de la cruz por el negro, por respeto al Temple y por medida de cautela. La mera mención del nombre, hacía estremecer a quien lo escuchara. Por todo aquello, la nueva orden, la que se reunía en aquel templo, siempre fue celosa de su existencia, siempre fue secreta. Aunque Alvar descubrió ahora que el celo era mucho mayor que cuando partió.

El resquemor que despedían todas aquellas viejas y torcidas miradas contagiaba un sentido de culpa. El freire que todavía no había hablado fue el último en apartar la capa de su rostro. Sus ojos eran igual de musgosos que los de Alvar.

—Alvar —le dijo tras recogerse la lengua— ¡por mis barbas que es harto peligroso que estés aquí! Para ti y para

nos y otros. Vete, retoma tu camino. Toma nuestra paz y que la ventura te lleve a más propicias circunstancias. Que, en lo venidero, tu estrella alumbre en mejores lugares.

Los otros dos otorgaron con su silencio. Y Alvar, como si aquellas palabras pesaran lo que cien arrobas, bajó sus hombros al oírlas. Pero tan sólo fue un momento, una debilidad consecuencia de sus últimos y calamitosos avatares. Enseguida su cuerpo recobró la rigidez, los hombros se cuadraron de nuevo y la barbilla apuntó prominente. Se adivinaba que su temperamento iba a estallar. La rabia saturó sus ojos y éstos brillaron como esmeraldas, como los de un lince en la noche. La vena de la frente comenzó a agitarse y a amoratarse.

—Zoilo, te miro mas no puedo verte —dijo lentamente—. ¿Hablas de barbas con tu rostro lampiño? Bien hiciste en afeitártelas, pues has perdido la honra de caballero. Hueles a cortesano, a incienso, no a guerrero. Si ora pudiera arrancarme las venas por las que corre tu misma sangre, lo haría con gusto. ¡En verdad te digo que es maravilla que todavía no te haya atravesado con mi Brocadura!

—Alvar, Alvar, conducíos con templanza y respeto, pues Zoilo es vuestro tío y siempre ha mostrado gran amor por vos —dijo el de las toses.

—¡Tal cosa es muy cierta, cojones! —añadió, con su voz cascada, quien había abierto la puerta—. Alvar, mucho han cambiado las cosas en vuestra ausencia. De la Orden, sólo quedamos los que veis. ¡Y somos añosos como las piedras que nos rodean, por mil demonios! Sí, hoy la luna es redonda y por ello estamos reunidos en el templo mas, ¡pardíós!, lo hacemos por mera camaradería, para rejuvenecer nuestra sangre y para recordar viejas historias. Las túnicas amarillas se hayan arrolladas en lugares seguros y es probable que estén comidas por los gusanos. Nadie

conoce nuestras costumbres y todos han olvidado nuestro pasado, incluso el maldito traidor de Fadrique.

La catadura de Alvar no ocultaba un desconocimiento con cada una de aquellas palabras. El freire así lo entendió pues, pese a ver poco, sí sabía interpretar algunos silencios. Así que continuó:

—Parece que no sepáis ni nuevas ni viejas ¿No sabéis nada de las malas venturas que ha atravesado Castilla y todavía hoy siguen corroyendo sus entrañas ya endemoniadas?

Otro silencio.

—De los dos reyes —se respondió— al uno, al bastardo, le dicen que sabe poco del Mío Cid y mucho del Cantar de Roldán. Y al legítimo de Alfonso, a Pedro, le dicen que es poco devoto.

—Así es, dicen de Pedro, el legítimo, que es poco mejor que los judaizantes y que se ha hecho amigo de todos los infieles —añadió el de las toses—. Sus dineros no le faltan por tener amigos en la usura. Sus armas, tampoco, por contar con aliados entre los infieles.

—Cierto es lo que dice —corroboró la voz cascada— y a Enrique, el de Trastámara, que amén de bastardo es extraño para muchos, le sustenta Francia. No ha mucho que cruzó los Pirineos con las Compañías Blancas, con mercenario franco y demás hi de puta. De tanto número eran tales armas y caballos, que fue atravesando campos y vegas sin resistencias. Llegaron a Calahorra, y allí se vio cómo el hijo de Leonor se hizo rey con otra corona que la de Pedro, pues éste seguía con la suya.

—Y así sigue la guerra —intervino el otro viejo—. Una Castilla, dos reyes. Bien que ahora los ejércitos y las batallas se encuentran lejos, hacia el Mediodía.

—Y hacia el Poniente —volvió a decir el cascado—. Mas por acá hay otra guerra que se está librando: la de la

maldita pureza de fe. Quien no tenga a sus cuatro abuelos por buenos castellanos viejos acaba chillando en una mazmorra cual marrano en matanza. El dedo del pater Fadrique es el que más se levanta para acusar. Y mismo da ser marrano que templario. Parece el mismo diablo por estar en todas partes y ser tan ominoso, ien verdad que en buena hora se olvidó de nosotros!

Alvar giró la cabeza, la bajó y lanzó una profunda exhalación. Era como si su vida se fuera en ella, como si el alma saliera con el aire. No obstante, ya sabía lo que era sentir aquello, y se repuso en el acto; la vena se le encogió y se disimuló en el resto de la frente. Retomó la palabra sin darla ningún tono.

—¿Y los demás freires?

—A casi todos quiso la peste llevárselos —respondió Zoilo—. Ya veis que el diablo, el malo del mundo, reina como nunca y que Dios, en su infinita justicia, nos manda las plagas como castigo por nuestros pecados.

—Ya veo.

El hidalgo arrastró sus espuelas por el suelo de piedra, y dejó tras sus pasos un reguero de chispas. Zoilo y los otros le seguían como los girasoles al sol. Los chasquidos metálicos llegaban más lejos que la luz de los cirios, llegaban a todos los recodos del templo.

Las piedras cobraron una dimensión sobrenatural. Bajo un arco, asomaba una serpiente por la boca de un demonio que parecía estar, también, siguiéndole con la vista. En el lado opuesto, adornando otro arco, el alma de un encapuchado ascendía hacia el cielo mientras que, frente a él, a otro hombre tenían que ayudarle a hacer lo propio. Tras el altar, las luces iluminaban a Adán y a Eva. Se hallaban en la base de una columna esculpida de forma laberíntica, queriendo representar el Árbol de la Ciencia;

aquel cuyo fruto provocó, a la postre, su expulsión del Paraíso.

Mientras se acercaba al altar, Alvar observaba todas estas figuras. Las había recorrido con la vista y con las manos tantas veces como Brocadura había sido afilada. En ellas, los antiguos templarios habían dejado secretos, preguntas a las que buscar respuesta. Cada imagen era una semilla de sabiduría. En especial las esfinges que, sobre los capiteles, coronaban el Árbol de la Ciencia. Ellas guardaban el mayor de los secretos. «Ya tengo la respuesta a vuestro acertijo» se dijo al verlas.

Alvar alcanzó el altar y en él depositó el fardo que traía. Lo desenvolvió con cuidado, quitó una tela tras otra hasta aparecer una pieza de raso, que retiró y dobló. Se descubrieron entonces las cubiertas encarnadas del gran Libro. Los otros tres hombres permanecían en el centro del templo, bajo el coro, observándolo todo. Zoilo juntó las cejas y se quedó como muerto, como alcanzado por un rayo. Se tambaleó y se llevó una mano al pecho. Los otros dos se miraron entre sí.

—¿Qué cosa nos traes? —preguntó Zoilo tomando aire, en vez de echándolo. Era una inflexión tan fina que acabó por quebrarse.

—Habla en pretérito, tío mío, pues lo que antes fue para compartir no lo es ya. Como bien has dicho, mi estrella, la luz de este Libro, habrá de iluminar en mejores lugares.

—Por mi fe, que no veo yo luz ninguna —señaló quien arrastraba la espada.

—Ni falta hace, pues no es vuestro menester —dijo Alvar—. Las verdades que encierran estas tapas bien podrían cegaros.

—¿Cuáles verdades? —preguntó la voz cascada.

—Verdades que tus ojos, ya velados, nunca podrían ver.

—¡Sé más cristalino, Alvar! —espetó Zoilo histéricamente—. ¿Cuáles cosas se hallan escritas en ese Libro?

Alvar apoyó las manos en el granito y se inclinó hacia delante. Sus ojos devolvían toda la luz del sitio y más.

—¡Acaso ya has olvidado, tío mío, a causa de cuáles cosas dejé Castilla un día de Pentecostés muchos años ha!

Zoilo se tambaleó otra vez. Fue de lado a lado como si atravesara una tormenta, en un vaivén cada vez mayor hasta alcanzar una pared. Se agarró a ella y encontró entonces que el suelo ya no se le inclinaba. Restregó su cara por la piedra y pasó la gorda lengua por sus labios en un grotesco acto de amor. Luego levantó la vista recorriendo la columna que había tras su sobrino. Subió y subió hasta que se encontró con las esfinges del capitel. Intentó hablar, pero el aliento no quiso remontar la garganta. Lo intentó de nuevo:

—¿Conoces las respuestas del misterio, del Árbol que guardan las esfinges, del Árbol que unos llaman de la Sabiduría, otros de la Ciencia y que otros confunden con el de la Vida? —logró, por fin, preguntar.

—Por lo que a mí atañe, lo que guardan las esfinges ha dejado de pertenecer a lo misterioso, pues ora es cosa de mis secretos.

—¿Qué es lo que decís, Alvar? Mejor será que tornes tu parlamento para entendimientos como los míos pues, de lo contrario, no sabré cuáles cosas he oído esta noche —dijo, entre toses, el que sostenía la espada.

—Que conozco el enigma que plantearon nuestros antiguos, que conozco el gran secreto —respondió con cierto hartazgo—. ¿Acaso no veis en pos de mí cómo se levanta el Árbol de la Ciencia cual maraña de cosas? ¿Y

acaso no veis en él a nuestros primeros padres cubriendo sus vergüenzas como buenamente pueden? ¿Y acaso no veis sobre mí, en el capitel, a las esfinges planteando el acertijo? ¡Y acaso, no será por un adventicio, que no recordáis que vos y otros, mis bien amados freires, me encomendasteis resolver tal acertijo!

—Sí Alvar, los acá reunidos recordamos tales y endemoniadas cosas del pasado —ahora hablaba la voz cascada, y la pausa que había entre sus palabras denotaba mucha ansiedad en ellas—. Y ya que habéis venido de tan lejos y con tan importantes revelaciones, dejadnos ahora compartir con vos tales maravillas.

Dicho lo cual, éste y Zoilo avanzaron hacia el altar con la mirada muy fija en el Libro. El tercer freire se quedó rezagado mientras el tembleque de su cabeza aumentaba más y más. Zoilo se detuvo bajo el arco del diablo con la serpiente que surgía de entre sus labios. Rozó la figura con la yema de los dedos antes de preguntar:

—¿Querido sobrino, es cierto que el diablo no se come la serpiente?

—Y cierto que tampoco la vomita, es tal y como sospechabas, Zoilo. ¿O es tal y como sabías? ¿No comparaste con el traidor de Fadrique parte de la revelación? ¿Acaso no manchó mi nombre por ya saber que la serpiente es la lengua del diablo? Entrambos conocíais que el Árbol Prohibido es la ciencia y el fruto el habla. Dios nos quería estúpidos, y rebelarnos contra eso supuso la expulsión, nuestro pecado primitivo fue hablar y pensar... mas eso no pertenece a tus sombras, ¿no? —repitió—. Empero, lo que no podéis saber es el resto del misterio. Donde hunde sus raíces, que es mucho más allá, llega al génesis de la raza, al seno de Dios, al final... A la expulsión del Paraíso.

Hizo una pausa para luego añadir con un son ronco y determinado:

—Mas eso jamás conoceréis mientras lata mi corazón.

El de voz cascada y córneas veladas se abalanzó hacia el altar. Le seguía Zoilo con los brazos extendidos hacia delante y con la atención cautiva en el Libro. Su rostro brillaba iluminado por una extraña luz púrpura.

Alvar ya había previsto aquellos movimientos y, de un gesto decidido, se llevó la mano al hombro y sacó a Brocadura de la vaina. Martín Herrero había templado bien su filo y por ello salió sin dificultad, como si hubiera estado esperando ese momento durante mucho tiempo.

—¡No más pasos! —Alvar hizo que la hoja de Brocadura reflejara sobre él la luz de los cirios—. ¡Las revelaciones que me han sido dadas responden a preguntas que vuestros meollos nunca podrán formular! —con esto, cerró el Libro de un golpe seco.

—¡No Alvar! ¡Has de compartir el misterio! —imploró Zoilo de forma chillona—. ¿No fuimos nos y otros quienes te introdujimos en él? ¿Quién sino tu tío te hizo comprender las señales para que iniciaras la búsqueda?

—Bien sé que tal cosa es muy cierta, querido tío. Fuiste tú quien plantó en mí una semilla que luego germinaría. Una semilla que marcó mi apellido y que me costó la marcha a tierras muy alejadas y muy extrañas; y una semilla que luego de que yo me fuera, echó raíces y acabó con los cimientos de mi palacio, de mi vida. ¡Y hogaño vuelvo tras andar las siete partidas, prontamente marchito, y encuentro que mi sangre se ha acabado antes que yo! ¡No tengo sol tras la tumba de Lunete! —ya parecía pesarle Brocadura, pero, a pesar de eso, volvió a recomponerse—. ¿Dónde estabas, querido Zoilo, cuando

mi mujer y mi hija vivían en indigencia, sin dineros y sin su debida procura?

La voz cascada volvió a prorrumpir:

—¡Os hemos hablado de la gran calamidad que hay en Castilla! Debéis saber que ayudar a vuestras mujeres nos habría supuesto perder nuestras tierras, amén de nuestras cabezas.

—Bien que prefiero perder la cabeza a perder el alma. ¡Por la libertad y la honra se debe aventurar la vida!
—sentenció Alvar.

Acto seguido, devolvió el Libro a su funda de raso, lo guardó bajo la capa y blandió su gran espada. Se arrojó hacia donde estaban los freires. Éstos no disimularon su miedo y se abrieron con rapidez para dejarle franco el paso, sin hacer un amago por interponerse. Alvar se detuvo un momento frente a ellos y, con gran desprecio, dijo su última frase antes de salir:

—No son todos hombres los que mean a la pared.

Luego se dirigió hacia la puerta, salió a la noche y descendió dando largas zancadas por donde había subido. No lanzó un solo vistazo atrás, ni siquiera a los inquietantes rostros del arco. Sólo miró hacia delante, bajo el noguerón, donde la luna alumbraba la crin de Gimoso.

Alvar regresó a casa del herrero un poco antes de que el gallo cantara. Había tardado más en volver que en ir, pues cierto que hacer lo había desviado del camino. Posteriormente, volvió a su senda en busca del calor de la fragua. Al llegar al patio de Martín, al igual que en su marcha, procuró no ser advertido pero, cuando el silencio es lo único que rodea, es imposible no romperlo. La noche retumbó con los cascos de Gimoso. Al caballero le pareció un auténtico estrépito; guardó el aire y afinó los sentidos, avezados en ver en la noche y en escuchar en el silencio.

Escrutó en la dirección de la casa y, tal y como temiera, descubrió que alguien se movía por donde la oscuridad era más espesa. Una figura furtiva se introducía por el hueco de un ventanuco con mucha rapidez y agilidad. El caballero reconoció sus proporciones y ademanes. Eran los de Lope.